

Donde hay nilad



[15]

Déborah Puig-Pey Stiefel

Donde hay nilad



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© Déborah Puig-Pey Stiefel, 2010

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S.L.], 2010

ISBN: 978-84-96675-52-0

Dep. Legal: P-158/2010

Diseño de colección: ECHEVE

Fotografía de cubierta: JAVIER AYARZA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1ºF

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

A Domingo, guardián de las palabras
A Ismael Baudelaire

**May nilad*, «[Donde] hay nilad», es el nombre tagalo de Manila.

Nilad es el nombre de un arbusto ya extinto.

Donde hay nilad es una historia de fantasmas. No porque aparezcan seres ultraterrenos o comunicaciones con el más allá, elementos que aquí no son innegables ni fundamentales, sino porque sus personajes se identifican por lo incorpóreo que los unió y porque surgen de una memoria de segunda mano. Alguien recuerda lo que otros le contaron que recordaban, y en un punto de este proceso surge un personaje sin nombre ni forma clara: una tercera memoria, que no es de nadie.

D. P. S.
Barcelona, 2009

EL ÁRBOL DE MANGO

Manila, 1928

Envuelta en una humedad encendida, la más guapa nativa de Luzón, Felicitas, daba a luz a su primogénito con apenas dieciséis años. Mario nació una tarde de agosto; salió muy oscuro del vientre de su madre, salvo los pies, que parecían los de un blanco. El porche se llenó de niños silenciosos, los mismos que trepaban a los cocoteros y traían los periódicos, pero José se quedó en la hamaca, acunando el resquemor de saberse padre de su primer mestizo. Hacía tanto calor que le caían gotas de la visera y se le fundían en la barriga bajo la camiseta empapada, mientras sujetaba un paipay y la prensa del día alternando las dos cosas para abanicarse. Leyó que un sacerdote había traído una orden nueva a Filipinas, se llamaba Opus Dei y algo sabía de ella; por algo era amigo de jesuitas y accionista en la Compañía de Tabacos.

Le gustaban la cerveza, el whisky y los cigarros, le gustaban tanto que años más tarde cuando murió en Arizona de un infarto se llevó consigo una cirrosis, ade-

más de dos hernias y un pulmón destrozado. Se divertía apagando los cigarrillos sobre la piel de los monos que se acercaban a la casa e iban a buscar comida preparada o fruta caída. José los atrapaba, a veces los ponía ante un espejo y clavaba la ceniza ardiendo en su carne, tal vez para que asociaran su imagen con el dolor; entonces soltaba espantosas carcajadas, como agridulces, agitaba sus hombros fofos, muy blancos, con el vello que los cubría arrollándose a los tirantes. Conocía todas las zarzuelas de memoria y todas las canciones de Negrete, y estaba orgulloso de su voz profunda y radiofónica.

La abuela lo llamó para que viera a su hijo, pero no se movió. Oyó decir a Felicitas:

—Tráigame a mi niño, doña Pilar, voy a calmarle el calor.

—Lo que tienes que hacer es darle rápido de mamar, está flaco.

—No está flaco, es que va ser muy alto. Éste no será un malayito alfeñique —dijo Felicitas mientras tomaba al niño y lo instalaba sobre sus piernas.

Luego empezó a soplar muy suavemente dirigiendo el aire hacia el techo y las ventanas. La brisa viene si la llamas así, soplando flojamente al cielo, como si la citara un pariente lejano. Pronto volvería a jugar al mahjong con sus amigas. Le traerían cigarrillos americanos y aceitunas importadas de España, de las que se obtenían en la fábrica San Miguel, mirarían de reojo a José y harían carantoñas al bebé; todas pensarían en su equívoca suerte, tan afortunada casándose con un

blanco, el único varón de los Escuder, con esa suegra de Reus, elegante y pacífica, que no la trata mal, y Felicitas tan desdichada, tan abstraída, al lado de ese hombre que la desea y la desprecia y siempre en la cuerda floja de una crueldad tolerada, la mesa bien puesta, la ropa bien cosida, la mucama señalada y triste. Porque sus sentidos estaban cada vez más próximos a la percepción de otros hechos, Felicitas fue cerrando los ojos a todas esas cosas.

Alguien la filmó en una de esas películas en las que las familias aparecen reunidas y hacen todo tipo de guiños y muecas; allí la casa se ve vieja, todo está cubierto de un vapor tropical, y ella se mueve como si fuera un ave acuática, alada para poder desplazarse por un lugar no sólido.

Decían que había sido afortunada, pero su vida con los Escuder se parecía a la de los polluelos de tabón que ella comía de pequeña, cartilagosos dentro de su mismo huevo, fundidos con la clara y la yema en una sola carne, rojos por el calor de la tierra. Allí los enterraba la mamá tabón para incubarlos y olvidarlos... Los más vigorosos en fuerza o en suerte —los que nadie se había comido aún— rompían la cáscara y perforaban la tierra hasta emerger como pequeños cocodrilos.

Felicitas, Felicidad Passion, tenía la piel del color del aceite. Los pómulos redondos se le hinchaban levemente al reír, y los ojos se le rasgaban hacia abajo; el pelo negro y cortado a la moda le hacía caracoles, y algunos colgaban como pendientes a ambos lados del rostro; su cuerpo era suave y un poco blando, y sus for-

mas parecían recuperarse de todo movimiento con una gracia temblorosa, como de figura de barro a medio secar.

Ella se había excavado para sí misma, en sí misma, un túnel por el que evadirse de su entorno; de ese modo, el transcurrir de las vejaciones de la realidad no la alcanzaba. Sueños y apariciones, beatos que no habían llegado a ser canonizados y que arrastraban su alma como cadenas bajo las sábanas, ánimas que envidiaban la vida, muertos sin saberlo. Espíritus salvajes, espíritus mulatos, espíritus cristianos.

Cierta noche vio una luz muy brillante bajo el árbol de mango, una fluorescencia que surgía de las raíces y se condensaba en una copa gemela al pie del tronco. Despertó a Mario para que la viese, pero él no veía nada.

—¡Mario! ¡Ahí! ¿No la ves?

—No veo nada.

—¡Vamos! ¡Acércate! ¡Mira! —le susurraba ella.

—No la veo —gimió Mario, que deseaba ver aquella luz con todas sus fuerzas.

Felicitas no despertó a su criada, no despertó a José, no despertó a Eulalia, ni a Tere ni a José Juan —los hermanos de Mario— que, por alguna razón indescifrable, sí habían provocado sentimientos paternos en el colono Escuder, acaso porque ellas eran niñas, y José Juan enclenque y dócil. No había llamado a doña Pilar ni al gato que Felicitas bañaba para que lloviera y al que alimentaba con grandes platos de *chow-mien* y adobo. Lo había llamado a él —entendió que nadie más lo sabría—, por eso tenía que ver la luz brillante: verla era dilatar el

calor de Felicitas hasta el infinito, no verla era cortarse las venas, renunciar al más legítimo privilegio. Unos años más tarde la tierra que rodeaba el árbol de mango se cubrió de nilad, una flor abundante en Filipinas antes de que llegaran los chinos, los japoneses, los españoles, los norteamericanos. Mario no recordaba cuál de esos visitantes alcanzó a ver aún campos extensos de nilad, aunque lo había leído en la enciclopedia que su padre guardaba en la emisora de Radio España. Al cabo de unos años, todo había cambiado en Manila. Los atardeceres perezosos, la escuela —en donde Mario se aplicaba para impresionar a su padre—, las visitas a la radio, su prima Rocío que aún no llegaba a sobrepasar la talla de un macaco, pero que ya era exhibida por sus tías como ejemplo de belleza caucásica:

—Mira, Mario, mira qué graciosos sus rizos, qué blanca es ¿eh?, mira sus pies y sus manitas, qué delicados, qué sonrosados.

A Rocío la peinaban con raya al lado cayéndole cortos tirabuzones rubios, tenía ojos de muñeca y una chaquetita de hilo para protegerse del fervor del sol.

Un día llegaron a llevarlo para que viera cómo hacía pipí su prima, y Mario, que debía contar nueve o diez años, se ruborizó y vio a su tía Milagros que lo contemplaba con una conmiseración taimada. A él le pareció cosa de católicos, historias que oía contar a su madre cuando regresaba de la parroquia, con más frecuencia desde la noche de la luz brillante bajo el mango. Eran historias de martirios, de sacrificios, también de sentimientos y premoniciones. Por entonces su

madre empezó a contarle secretos, como que ella moriría justo a la misma edad que Jesucristo; esas cosas las recordó Mario toda la vida, porque fueron las más tardías de un período de languidez que culminó en guerra mundial, de igual modo que no olvidó a su prima sentada en el retrete con las bragas cercándole los tobillos y los talones desnudos, sucios del barro que había fabricado el último monzón de su niñez.

En el año 1944, en la ciudad de Manila, desfilaban tropas dispersas de soldados japoneses, hileras sin tacha de hombres que marchan al ritmo de sus botas, enrasados hasta lograr la igualdad del paso, relumbran sus galones, dejan sin resuello. Por la tarde la ciudad se paraliza y se transforma en un mamífero colosal, un gran órgano digestivo con cien mil meatos por los que puede respirar, rumiar, exudar.

Mario no tenía plena conciencia de la guerra; en su mente todavía convivían las sensaciones infantiles de lo nuevo e inesperado que han surgido súbitamente y se están inscribiendo en un íntimo dietario, mezcladas con las que provenían de la realidad adulta, que tan sólo empezaban a insinuar su dominio.

Tuvo que participar en uno de los negocios de su padre para que dejara de oscilar el fuel de esa maduración natural, un día en el que se oía el mar y soplaban un viento oloroso de sal y municiones.

Su padre tenía un nuevo trabajo para él, pero no debía contárselo a nadie, la guerra lo había despluma-

do, los yanquis vendrían a quedarse con lo que quedara. Nadie lo iba a entender. Lo amenazó.

—A nadie, Mario. A tu madre menos.

Él prometió callar, aún le retumbaba en la cabeza el zumbido del último latigazo de correa.

José Escuder había instalado una carpa al otro lado del jardín, allí donde su casa empezaba a desmoronarse. Mientras todos estaban en misa, la carpa se irguió cual fantasma y Mario sintió terror al verla oscilar e hincharse de un aire que él no sentía correr.

—Venga, coloca las sillas. Tú te pondrás ahí detrás y le das a la manivela cuando te diga.

Poco antes de que llegaran las tropas, Mario experimentó el orgullo, cuando su padre lo llevó a la emisora y lo presentó a todos como heredero de la mejor voz de España y de sus colonias presentes y pasadas, y había dicho que el chico era listo y que sabía redactar noticias y escoger la música. Sin embargo, ahora algo le hacía descomponerse, el misterio de la carpa, la correa del cinturón con su hebilla colgando, la prisa, los ojos azules de su padre enturbiados como cuando agarraba a las criadas por las muñecas o se divertía aterrorizando a los monos. Su padre podía ser uno y otro. El caballero de voz gloriosa y cultura hispana que le daba cachetes cariñosos y lo llamaba heredero, el gigante ebrio que lo avergonzaba en público y lo llamaba tagalo idiota. Alguien que se complacía en arrasarlo todo lo que fuera grácil y vulnerable a su odio. Pero la noche de la carpa él lo amaba, con desesperación y con temor, e ignoraba que lo vería vociferar y pegar a una mujer en el

hueco de una escalera de un barrio barcelonés, riendo sin dientes, en mangas de camisa, en barras de bares inmundos, vanagloriándose de hazañas inexistentes, como el más triste de los hombres sobre la tierra. Que sería humillado por la enfermedad y se retorcería podrido dentro de su cuerpo.

Aquella misma tarde empezaron a llegar soldados, japoneses en su mayoría, aunque también había hombres sin uniforme. Se instalaron dentro de la carpa, pagaron a José con billetes y una marca rara de whisky. Uno de ellos arrastraba a una muchacha china con las medias rotas y una camisa del ejército americano. Asomaban sus brazos escuálidos por entre las mangas, mientras el hombre se reía arqueando el vientre y farfullando palabras de entre las que Mario sólo entendió «McArthur» y «pilipina». En su interior, la carpa quedó en la penumbra. La manivela que Mario debía accionar era la de un reproductor de películas, idéntico al que usaban para ver las filmaciones festivas en las meriendas familiares. Pero aquello no era una merienda.

Mario vio por primera vez, en una proyección improvisada, cómo corría el semen de un hombre por la boca de otro, cómo algunos rostros cubiertos mostraban, en cambio, una desnudez escabrosa que rociaban con lodo, con grasa, con excrementos. Cómo chillaban eufóricos los soldados, arrebatados algunos, otros abobados por una hipnosis que le era incomprensible. Vio a su padre como a una sombra, en las esquinas de la carpa, en las paredes de la lona, en la pantalla; los agujones militares apoyados por doquier, el sudor, el mano-

seo que intuía entre el revuelo de carcajadas y palabrotas que presencié durante más de una hora larguísima, conteniendo emociones que se turbaban entre ellas.

Después su padre contó el dinero y los soldados se marcharon tal como habían venido, desperdigándose en grupos de tres o cuatro. Recogieron la carpa con rapidez, justo antes de que volvieran los de la casa.

Mario sabía que habría otras carpas y que jamás su padre le explicaría por qué había elegido para él aquella sombría iniciación, y que al final todo lo resolvería el silencio, como siempre; pero aquella noche salió al jardín, se duchó y vomitó bajo la manguera. En febrero de 1945, una bomba explotaba en aquel jardín. Las tropas japonesas se batían en retirada. Felicitas saltó sobre su hijo mayor para protegerlo de la metralla y murió el día en que iba a cumplir treinta y tres años.

Barcelona, 1958

Mario iba a casarse pronto, en contra de la voluntad general. Su novia estaba embarazada, y su futura suegra había jurado deportarlo a las Filipinas si no lo dejaba todo igual que lo había encontrado. Todo el mundo se oponía a aquella unión, sus hermanas le vaticinaron una vida infeliz, siempre a remolque de esa catalana caprichosa que ya había plantado a uno para liarse con él y que no había tenido el recato de no quedarse preñada. No veían su iris violeta, su contoneo, las pecas, la risa de aguja.

Elizabeth era cimbreante hasta en las uñas: tenía los pechos pequeños y erguidos y el pelo del color de la miel, las piernas robustas, y una cintura tan bien marcada que, cuando andaba, convertía en prenda de vaivenes y volantes cualquier trapo que llevara encima. Su conversación era vivaz, pero inconexa, usaba una sintaxis algo revoltosa que a veces resultaba ininteligible, y el efecto de perplejidad que causaba en su interlocutor solía dejar a éste en un estado de k. o. técnicamente mudo. No era raro oír a su madre decir «mandaré a Elizabeth, les contará una historia de romanos y todo arreglado...», o alguna cosa parecida, cuando se trataba de vencer con el don abrumador de la palabra.

Había aprendido desde muy joven que podía obtener regalos a cambio de unas pocas atenciones prestadas, si una acertaba con la llaga en que poner el dedo. En aquella época, Elizabeth abandonaba a un novio pacienzudo, mientras éste hacía el servicio militar, por ese extranjero con pedigrí que había conocido en un guateque de *marines*, filipino, profesor y apuesto. A su descartado novio le agradecía por carta un aborto clandestino, un perfume francés y una petición de matrimonio, y le deseaba la mayor de las felicidades. Que sus sueños de una vida hogareña y laboriosa fueran colmados con grandes satisfacciones íntimas, pero con otra. Inconsciente y mitómana especialista en fingirse niña, Elizabeth desataba una imaginación hollywoodiense y en ella se imaginaba enamorada de Mario; Elizabeth amaba a ritmo de vals y gotitas de efluvio asiático...

Mario también se sentía enamorado y replicaba a su familia con candor y rebeldía, como cuando alegó que media docena de Escuder bastardos todavía estaban esperando en Manila algún gesto de su venerable linaje.

—¡Por Dios! ¡Mario! Con lo que ha sufrido papá, si te oyera hablar así se moriría.

Él sabía que su padre, de haber sido consultado en la intimidad, habría soltado una carcajada y jurado que no hay que casarse con todo lo que uno embaraza; pero sus hermanas eran ciegatas y sentimentales, tenían un don para desechar cualquier sospecha de una grieta o deshonra en la unidad familiar. Eran adolescentes, castas y exóticas, y creían que cuando llegara papá para reunirse con ellos en la madre patria, todos los peligros e inquietudes desaparecerían, y el mar Mediterráneo se abriría para que ellas pudieran pasear sin mojarse los pies. De modo que Mario dejó de discutir y se casó. Entonces alquiló un cuarto con balcón desde el que podía verse un ápice oblicuo de la mismísima Rambla Cataluña. Un lugar desvencijado que era el trastero anexo a una vivienda majestuosa, donde el frío los paralizaba y los obligaba a vivir ataviados con guantes y peúcos. Salían congelados a la escalera para saludarse con aquel vecindario de alto postín, y, entre tanto no pasaron del período lunar de los recién casados, supieron reírse de la situación. Fue una unión efímera y desastrosa.

Una tarde más se sumó a los recuerdos de Mario, aquella en la que Elizabeth lo abandonó borracho sobre el colchón, que después hubo que vender junto con los

pocos muebles que poseían. Ella, viendo que en su casa no había nada que llevarse a la boca, que a Lucía, su bebé, se le habían secado en las comisuras las últimas huellas de leche y que la orina había acartonado los pañales, salió a venderse al mejor postor. Él se quedó con la niña y la llevó en brazos hasta la casa de sus tías españolas —ya lo habían echado una vez, alarmadas de tener que cargar con un parásito y sus tres hermanos el resto de sus vidas—. Allí dejó a Lucía unos días, hasta que pudo empeñarse del todo y dar con otro hueco en que meterse. Durante esos días, recibió carta de su padre. Las sombras, el calor, las bayonetas, salieron otra vez de guaridas que él creía cerradas.

«He tenido que derruir del todo la casa, unos americanos quieren comprar el suelo, quieren construir no sé qué mierda para su imperio de chicle. Y hemos tenido que mover a mamá porque casi se cargan sus restos picando en la losa. No sé qué hubiera hecho sin tu tía Milagros, ella se ha ocupado de todo...»

Mario sintió algo en el estómago, el ansia de cuando era pequeño... Criado entre fantasmas, no le costaba pensar que el amor es como un ectoplasma... pegajosa alimaña... el amor... Sube como una sanguijuela, se ensaña con la garganta, lo revuelve todo, leche y muerte, insania y flor. Sabía que las niñas le gustaban demasiado y se sintió mal cuando recordó a Rocío y pensó en sus pequeños pies manchados. Ella fue el modelo de toda transgresión y la pauta de toda pauta. Por muy distintas que fueran, todas las niñas lucían tirabuzones y chaquetas de lino, todas eran Rocío y se confundían con ella.

Fue una debilidad combatida, disimulada, a la que sometió bajo el imperativo de «no dañar a nadie», pero Mario siempre amó más a esos cuerpos intocables que a los cuerpos adultos y tuvo que acarrear con ello toda su vida.

Sólo una vez consintió en amar de verdad a uno de ellos; nadie lo supo, ni el objeto amado, pero hubo una vez. Ni siquiera cuando vio aquella película de Stanley Kubrick se sintió aligerado, y daba gracias porque algún precepto interior, más fuerte que él, mantenía a su hija fuera del influjo de esos deseos; a ella la crió como pudo o supo, la alimentó con canciones de cuna, con longaniza seca y arroz chino. Le compró muchas chokolatinas, la aleccionó en valores entremezclados: su admiración por los americanos, que fueron a Manila para salvarlo de la zarzuela y del Opus Dei, y sus supersticiones de huérfano.

En aquel tiempo, él y Lucía dormían en el altillo de una tienda cerrada, de nuevo un hogar precario en una barriada de ricos; la planta baja estaba invadida de cajas de bombillas y artilugios para electricistas. Pasaban largas tardes en el parque de Muntarolas, levantando polvaredas a cada «corre que te pilló». Lucía era una niña aceitunada —nieta primogénita de Felicitas, tenía derecho a ser mulata o cuarterona— de fuertes cabellos oscuros y enjutas manos, largas tardes con las rodillas huesudas, heridas, columpios de metal, bruma y hielo.

«El año que viene ya estaré en Barcelona, cuando haya arreglado unos asuntos que aún tengo por resolver. Os mandaré dinero estas navidades. No descuides

a tus hermanos, cuéntales lo de mamá, diles que la pusimos bajo el árbol de mango que le gustaba tanto, eso los yanquis no lo van a tocar porque allí no pueden apuntalar nada. Búscate algún trabajo, con el inglés podrías dar lecciones o algo así, no te pases el día escuchando al tísico de Frank Sinatra...»

Barcelona, 1968

José Escuder pisó España por primera vez en el momento en que el país sufría una transformación paulatina; lo que en París fueran vientos revolucionarios, en España tomaba tintes simbólicos de reintegración a un mundo perdido: se ganaba en el Festival de Eurovisión y se liberaban antiguas colonias africanas, como hace cualquier nación moderna curtida en menesteres imperiales. Estaba en la patria que había alimentado su programa de radio, su corazón, su alcurnia y su hombría; le sorprendió la clase media, su ritual de planchado, gemelos en el puño y cocido, la ubicuidad del hincha de fútbol, que era uno y eran todos, y su jerga patriótica y cómplice; las tardes del ulular de la radio en el silencio de la metrópoli paralizada por un gol histórico y la cerveza tomada sin respeto, engullida junto a un amasijo de berberechos apelmazados; la costumbre de ser humildes y orgullosos hasta el punto de que todo el país olía a remiendo y betún, y todo sufrimiento pasaba por una restauración casera más tenaz que el olvido, y fue así como encontró la auténtica genealogía de los conquis-

tadores: desde las gestas ultramarinas habían degenerado en tipos parecidos a él, caciques de baja ralea que se arruinaban a base de sorpresas desagradables. Que podía envejecer en las barras de los tugurios españoles, pagar para fornicar con mujeres de su mismo color, pedir prestado a sus hijos, pegarse con cualquiera por cualquier cosa. Engordar de resentimiento y tapas baratas, descubrir una gigantesca indiferencia hacia la figura del general Franco, y chupar, como una mosca en un charco sucio, de los desperdicios de su estirpe hecha trizas. Una noche apaleó a la vecina que le lavaba la ropa, una mujer analfabeta que apenas se sostenía sobre dos tobillos deformados, que hacía de portera, recadera y lavandera por aquello que los demás llamaban sueldo. La infeliz le devolvió su mejor camisa chamuscada, y José sintió que todas las puertas se le abrían y que con aquella mujer bien podía ejercitarse en la antigua práctica deportiva de quemar monos. Después de ver aquella escena, Mario se mantuvo borracho durante un mes entero.